



2

¿Ascensión y Entronización de Cristo en el Santuario Celestial?

El libro de los Hechos en el capítulo uno nos informa que después que Cristo resucitó, “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.

Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. Hechos 1:3, 9-11.

“Estaba concluida la obra del Salvador en la tierra; ya se acercaba el momento en que debía volver a su mansión celestial. Había vencido y estaba por recuperar su lugar al lado de su Padre, en su trono de luz y de gloria.

Jesús eligió el Monte de los Olivos como lugar de su ascensión; hacia él se dirigió acompañado de los once discípulos. Pero éstos no sabían que sería la última entrevista con su amado Maestro. A medida que avanzaban, el Salvador les dio las últimas instrucciones y antes de separarse de ellos les hizo aquella preciosa promesa tan consoladora para todo discípulo de Jesús: “He aquí que estoy yo con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” Mateo 28:20.

Cruzaron la cumbre y se fueron hasta cerca de Betania; allí se detuvieron y rodearon a su Maestro. El los contempló cariñosamente y su rostro parecía despedir rayos de luz. Palabras de la más profunda ternura fueron las últimas que oyeron de los labios de su Salvador. Con las manos extendidas sobre ellos para bendecirlos, se elevó lentamente.

En su ascensión al cielo fue seguido por las miradas de sus discípulos, quienes atónitos aguzaban la vista para no perderle, hasta que una nube de gloria le ocultó de sus ojos.” (*Cristo Nuestro Salvador*, p.155).

“Mientras los discípulos seguían con las miradas fijas en el cielo, oyeron voces junto a ellos, que parecían acordes de encantadora música, y al volverse vieron a dos ángeles en forma de hombres, que les dijeron: “Varones galileos, ¿por qué os quedáis mirando así al cielo? este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá del mismo modo que le habéis visto ir al cielo.” Hechos 1:11.

Aquellos ángeles pertenecían a la legión que había venido a escoltar al Salvador a su mansión celestial. Movidos por su simpatía y amor para con los que habían quedado sin su Señor, se detuvieron para asegurarles que no sería aquella una separación eterna.

Cuando los discípulos regresaron a Jerusalén, la gente los miraba con asombro. Después de la crucifixión y de la muerte de su Maestro, era de suponer que estuvieran abatidos y avergonzados. Sus enemigos esperaban ver en sus semblantes una expresión de tristeza y decaimiento. En lugar de eso lo que vieron fue alegría y triunfo; se presentaban gozosos, con rostros radiantes de una dicha que no era de este mundo.

No se sentían apesadumbrados por esperanzas frustradas, sino que estaban llenos de alabanza y gratitud para con Dios. Con júbilo relataban la maravillosa historia de la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo, y muchos creían el testimonio de ellos.

Los discípulos ya no desconfiaban más del porvenir. Sabían que Jesús estaba en el cielo y que su afecto seguía acompañándolos. Sabían además que presentaría ante Dios los méritos de su sangre. Estaba enseñando a su Padre las heridas de sus manos y de sus pies como señal evidente del precio que había pagado por sus redimidos.” (*Cristo Nuestro Salvador*, p.156).

Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Así lo presenta el evangelista Marcos en el capítulo 16:9. “Después que el Señor les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios”.

Y el apóstol Pablo escribiendo a los hebreos declara: “Pero Cristo, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, se sentó para siempre, a la diestra de Dios” (Hebreos 10:12)

“Tan pronto como esta ceremonia de entronización hubo terminado, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue de veras glorificado con la misma gloria que había tenido con el Padre, desde toda la eternidad.

El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo” (*Hechos de los Apóstoles*, pág. 31).

“El don del Espíritu Santo es el mayor regalo que Dios podría conceder al hombre finito. Es gratis para todos; este obsequio es de un valor incalculable. Esta prenda señala la entronización del Unigénito Hijo de Dios en su reinado de mediación. Mediante el regalo del Consolador, el Señor Dios de los cielos demuestra al creyente la reconciliación perfecta que logró entre él y el hombre, gracias a “la cual—dice Pablo—tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Hebreos 6:19, 20.” (*Recibiréis Poder*, pág. 116).

“Después de su ascensión, nuestro Salvador iba a comenzar su obra como nuestro Sumo Sacerdote. El apóstol Pablo dice: “No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. Hebreos 9:24.

Como el ministerio de Cristo iba a consistir en dos grandes divisiones, ocupando cada una un período de tiempo y teniendo un sitio distinto en el Santuario celestial, asimismo la ministración típica consistía en el servicio diario y el anual, y a cada uno de ellos se dedicaba una sección del tabernáculo. Como Cristo, después de su ascensión, compareció ante la presencia de Dios para ofrecer su sangre en beneficio de los creyentes arrepentidos, así, en el servicio diario, el sacerdote rociaba la sangre del sacrificio en el Lugar Santo en favor de los pecadores”. (*Cristo en su Santuario*, pág. 39).

“En la ceremonia de entronización de Cristo y de la inauguración de su ministerio en el santuario, todas las huestes del Altísimo acuden para glorificar a su Jefe que ha vuelto para ocupar su asiento en el trono de su Padre. Pero aún no puede recibir la corona de gloria y el manto real. Tiene que presentar a Dios una petición respecto a sus escogidos en la tierra. Su iglesia tiene que ser justificada y aceptada ante el universo celestial antes que él acepte ningún honor. Solicita que su pueblo también pueda estar donde él se encuentre. Si iba a recibir gloria quería que los suyos también participaran de ella; aquellos que sufren con él en la tierra han de reinar con él en su reino.

Con la mayor ternura e insistencia Cristo aboga por su iglesia. Identifica los intereses de ésta con los suyos propios y con un amor y constancia más firmes que la muerte, defiende los derechos y privilegios ganados por su sangre.

La respuesta del Padre a esta súplica fue: “Adórenle todos los ángeles de Dios.” Hebreos 1:6. Llenos de gozo los caudillos de las huestes celestiales adoran al Redentor. La innumerable compañía se postra ante él y en los atrios celestiales suena y vuelve a repercutir el himno: “¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!” Apocalipsis 5:12. (*Cristo Nuestro Salvador*, Pág. 158).

“Los creyentes en Cristo son “aceptos en el Amado.” En presencia de las huestes celestiales el Padre ha ratificado el pacto hecho con Cristo, de que recibirá a los pecadores arrepentidos y obedientes y de que los amará como ama a su Hijo. Donde esté el Redentor allí también estarán los redimidos.

El Hijo de Dios ha vencido al príncipe de las tinieblas y ha triunfado sobre la muerte y el sepulcro. Los cielos resuenan con gloriosos himnos que proclaman: “¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!” Apocalipsis 5:13. (*Cristo Nuestro Salvador*, pág. 159).



Preguntas

Para generar aprendizaje

1. *¿Cómo describiría usted la ascensión de Cristo de una manera amplia?*
2. *¿Por qué es tan importante la entronización de Cristo después de su ascensión al cielo?*
3. *¿Cuál fue la evidencia aquí en la tierra, que Cristo como Sacerdote y Rey, había recibido toda autoridad en el cielo?*
4. *¿Por qué decimos que el regalo del Espíritu Santo, enviado por Dios a su iglesia es de un valor incalculable?*
5. *¿Cuáles son las dos fases del ministerio de Cristo en el santuario celestial?*
6. *¿Qué fue lo que Cristo pidió para su iglesia, antes de recibir la corona de gloria y el manto real, en la ceremonia de entronización en el cielo?*
7. *¿Cuál fue la respuesta del Padre al pedido del Hijo, en favor de su iglesia?*